

Aquel Cayetano Redondo...

Con mucho gusto publicamos esta semblanza que refleja más la modestia que el auténtico valor que con ella cubrió aquel gran compañero Cayetano Redondo, que tanto dio a EL SOCIA-LISTA de su trabajo y de su pensamiento, y que tan hondamente debe ser recordado como una de aquellas grandes y típicas conciencias en que florecieron nuestro Partido y nuestra Unión General de Trabajadores.

ES una historia sencilla. Se podrían escribir miles de historias similares, relativas a otros tantos miles de hombres.

Nació en Segovia en el año de los tres ochos. Su padre, Hermenegildo, era un campesino de las pardas ardeces de Castilla que adquirió las tercianas en Cuba y, al repatriarle, fue uno de aquellos afortunados que lograron ordeñar algunas gotas a las flácidas ubres del erario. Era ordenanza o portero del Alcázar de Segovia. Yo le conocí, a su debido tiempo, de no sé si guardia municipal o «guindilla» en Madrid. Su madre, Nicolasa, también era hija de campesinos de Santa María de Nieva. La recuerdo como portera de la casa número 2 de la calle de San José; un corto y estrecho callejón que unía las calles de las Huertas y de Moratín, a la altura de la Costanilla de los Desamparados.

En ese barrio del viejo Madrid y en las Escuelas Pías de la calle Lavapiés transcurrió su infancia de niño pobre.

En cuanto fue capaz de ganar unos reales —era el mayor de tres varones—, le pusieron a trabajar. La suerte quiso que su padre le encontrara un puesto de «chico» en una imprenta. Le gustó el componedor y los chibaletes y le gustó, más aún, leer y escribir. Se hizo cajista y fue uno de los primeros alumnos de Juan José Morato y de Matías Gómez Latorre en la Escuela de Aprendiz del Arte de Imprimir. Y fue miembro de las Juventudes Socialistas, primero, y del Partido después. Y fue activo sindicalista desde la Asociación del Arte de Imprimir.

Sus años de formación debieron ser fecundos. Me le imagino leyendo hasta altas horas de la noche a la luz del humilde quinqué, mientras, a cada rato, la señora Nicolasa le decía:

—Apaga esa luz chico, que estás gastando mucho petróleo, y sj se te acaba, vamos a ver cómo te las arreglas mañana para levantarte. (Aquel sótano de la calle San José era húmedo y oscuro como boca de lobo.)

Lefa y escuchaba incansablemente. Sus ojos de miope todo lo registraban y su cerebro todo lo anotaba. Aprendió francés, que hablaba y escribía. Aprendió esperanto y se carteaba con socialistas del Japón, Finlandia, Austria y otros cien países de la Tierra.

Al llegar el mes de agosto del año 1917 era oficial cajista de la imprenta del ministerio de Fomento. Y cumplir con su deber.

Cumplió con su deber, pero ya se había casado. Se habla casado con una de esas criadas de servir que desde el pueblo llegan a la Corle. La criadita de nuestro cuanto llegó a Madrid desde Grijota, lugarejo situado en plenos «campos de tierra» palentinos. Poco sabía de escribir y leer, y mucho de rezar. Al lado de aquel hombre aprendió lo primero y no le quedó tiempo de recordar lo segundo. Se habían casado un año antes de que empezara la guerra europea, y para agosto del 17 ya tenían dos niños. El mayor, tres años, y el pequeño dos, y otro —el que durante siete años fue el benjamín— estaba en camino.

Durante la huelga cumplió con su deber, y en el minúsculo cuarto de

aquella casa de vecindad del Paseo de las Delicias se pasó, desde entonces y por largo tiempo, hambre. Y en el duro invierno del 17 al 18, frío, mucho frío. Igual que en miles y miles de hogares españoles.

Después debió trabajar en la Imprenta de Peña Cruz o en Rivadeneira; no lo sé bien. Pero, a la vez, siguió cumpliendo con su deber en el Partido y en la Asociación del Arte de Imprimir, y en el hogar que había formado.

Años duros de miserias y sacrificios en los que se forjó la grandeza del Partido. El fue uno más de entre los poco cientos de hombres que, repartidos por toda España, hicieron posible el milagro de que en el año



Cayetano REDONDO

31 ciento diez diputados socialistas llegaron a las Cortes Constituyentes.

Cuando EL SOCIALISTA, con el esfuerzo de todos, pudo aparecer todas las tardes, fue redactor. Y desde entonces, sin interrupción, hasta el año 32, su vida fue el periódico. Día tras día, durante más de diez años, artículos, comentarios, reseñas e informaciones han salido de su pluma. Pero no recuerdo que nunca haya impreso su nombre al pie de lo mucho que ha escrito. Como tampoco ha aparecido su firma, sino con rara excepción, en «El Trabajo», órgano de expresión, primero de la Sociedad de Albañiles «El Trabajo» y de la Federación Local de la Edificación después; y del que fue, durante muchos años, casi único redactor y director.

A partir de la crisis del 21, en el primer Congreso que después de la escisión celebró la Federación de Juventudes Socialistas, fue designado se presidente, y, hasta bien pasada la cuarentena, debió continuar en el cargo, porque en los sucesivos Congresos fue reelegido. Este dato, que no tiene mayor importancia, porque sólo se limitó a cumplir con su deber, ¿cuántos de los jóvenes socialistas que esto leen lo conocen?

Estuvo siempre donde el Partido le mandó. Nunca tuvo ambición de cargos y honores. Cuando otros, más apresurados o impacientes, querían abrirse paso, él se lo cedía y, con su gesto, a todos parecía decirnos: Para llegar a donde yo me he propuesto ir, se puede caminar con paso corto.

Siete años grises duró la dictadura de Primo de Rivera; después la intentona revolucionaria de diciembre de 1930.

Se cierra un capítulo y se inicia otro. El gobierno de Aznar convocó elecciones municipales. Hubo coalición republicano-socialista y a la Agrupación Socialista Madrileña le tocó designar quince candidatos a

concejales. Fue uno de ellos.

El 12 de abril de 1931, todos salieron elegidos. Fue concejal y teniente de alcalde para el distrito de la Universidad.

Luego fue diputado a las Constituyentes, por Segovia. Fue miembro de la Comisión de Presupuestos y ponente de la de Instrucción Pública.

Después... Después vino todo aquello de que en el exilio tanto se rehuye hablar. Vino el crecimiento desmesurado del Partido; vino la radicalización de la lucha de tendencias; vino el encasillamiento y el ostracismo.

Sin amarguras, siguió cumpliendo con su deber, siguió trabajando lo mejor que supo desde su puesto de teniente de alcalde y viviendo del modesto sueldo que le pasaba la Agrupación Socialista y de la ayuda que ya aportaban al hogar sus tres hijos.

Y llegó la guerra y siguió siendo nada más y nada menos que concejal y teniente de alcalde.

Y llegó noviembre del 36, y cuando el pánico era mayor en Madrid, y cuando su hijo mayor moría acribillado a balazos en el Puente de los Franceses, se trasladó desde la Tenencia de Alcaldía de la Universidad a la Casa de la Villa. Reunió allí a todos los concejales que en Madrid estaban presentes, y el trágico día 11 de noviembre fue designado por unanimidad, alcalde de Madrid. Y fue el alcalde del «Corazón de España». No tuvo importancia. También entonces cumplía con su deber.

Se serenaron las aguas. Madrid estaba aislado, pero no tomado. El alcalde de Madrid no era un «revolucionario» al estilo de aquellas horas. Tuvo que tomar té en varias ocasiones con el embajador ruso — que oportunamente fue «purgado», claro—, y sostuvieron animadas conversaciones. Recibió otras visitas, algunas de «socialistas», en que el halago se unía a la amenaza velada. Labor sutil, pero inútil. ¡Mejor le cambiamos! Y un buen día del año 38, por disposición del ministro de la Gobernación, fue removido. ¡Dejémoslo en removido!

Y terminó la guerra de comisario del IX Cuerpo de Ejército; esa unidad sanamente socialista que estaba en el frente de Andalucía y que formó y mandó el coronel Francisco Menoyo, otro socialista de solera que estoy seguro vive en el corazón de todos los que tuvieron el honor de conocerlo.

Terminó la guerra y pasó a la cárcel. Primero estuvo en Baza, en la provincia de granada; luego en Madrid, «en su Madrid».

Poco tiempo duró la prisión. ¡Total, sólo catorce meses!; pero tuvo tiempo para perfeccionar su inglés y para enseñar a leer a más de un campesino analfabeto.

Después... el pelotón de ejecución y la fosa común del cementerio de Madrid ¡Como tantos otros!

Se llamó Cayetano Redondo.

Esto lo escribe su hijo.

Caracas

MARIANO